

remoto con la verdad vestida, que es la que tratamos. La ardua función del gobierno impone en casi todos los casos la reserva, en no pocos el secreto. Hay fiestas de aparato para los ojos; hay negocios delicados que conviene, que importa no divulgar a destiempo. Contentémonos con que la reserva sea la necesaria, la legítima, y que de ella resulte el éxito apetecido, de donde debe salir siempre un beneficio para la nación.

COMO BYRON.

A GABRIEL ZENDEGUI, EN LONDRES.

ANTE el horror prolongado de esta furiosa demencia de la guerra europea, se siente el ánimo casi impedido de protestar, por temor de ser acusado de creerse uno superior, siquiera porque conserva algunas vislumbres de razón. Más de una vez he leído, en periódicos parisien- ses, burlas acerbas contra los que se permitían dolerse de esta inútil matanza sin medida, que solo ha de dejar en pos de sí inacabable estela de rencores y anhelos de venganza.

Pero hay un aspecto de las enormes pérdidas que está sufriendo la humanidad, el cual bien se puede considerar y deplorar desde ahora; porque para él no cabe alegar compensación, ni sombra de compensación. Los grandiosos edificios arruinados, las fábricas colosales destruídas, los pueblos, las ciudades taladas y hasta derruidas, todo puede restaurarse. Los millares y millares de niños huérfanos y herrantes pueden ser recogidos.

dos y educados. Los ríos de sangre humana se secarán al cabo, y nuevos hombres vendrán a ocupar los huecos que esos otros innumerables han dejado. Pero ¿quién o qué devolverá al mundo los altos ingenios que prematuramente ha perdido?

En medio de la universal mediocridad humana, ésos que acendran en su mente la quinta esencia de nuestra espiritualidad, esos vasos tan exquisitos y tan frágiles, tienen demasiado valor, para que los veamos sin espanto caer quebrantados y ser arrastrados en el vórtice del torbellino. Cuántos artistas, cuántos pensadores, cuántos investigadores de la naturaleza y del hombre habrán sido abatidos, no por la mano de la fatal segadora, en la forma de morbo o longevidad, sino por el choque tremendo de las pasiones humanas desbordadas.

Voy a circunscribirme a un solo caso, porque se trata de un mancebo, en la plenitud de la vida y en el primer florecimiento de su genio. No por que sea el único llegado a mi noticia, ni siquiera el único de su lengua y de su dedicación artística. Si Rupert Brooke, inglés como Byron, poeta como Byron, cayó como él en el próximo Oriente; Thomas Mac Donagh, joven como Brooke, y también poeta señalado, ha caído en Dublin bajo las balas inglesas.

Pero hay elementos tan especialmente trágicos en el destino que ha cabido al insigne poeta

inglés, desaparecido sin gloria para sus armas en el Egeo, que me mueven a señalarlo, entre los devorados por esta guerra insensata.

La fama ha consagrado de súbito el renombre de Rupert Brooke por los cinco sonetos que, con el título sombriamente luminoso de «1914,» se publicaron el año pasado y alcanzaron de seguida múltiples ediciones. Estos sonetos, en un parnaso tan rico en esa forma poética como el inglés, se colocaron desde luego al lado del celeberrimo de Blanco White *Night and Death* y el igualmente bello de Lee-Hamilton *A Flight from Glory*. El crítico de *The Times* dijo que en ellos la nota personal se patentizaba con mayor realce, que en ningún otro sonetista inglés desde los tiempos de Sidney, el renombrado autor de *Astrophel and Stella*. Y como es sobre todo el lirismo lo que caracteriza a la moderna poesía inglesa, de los lakistas acá, el elogio resultaba en realidad extraordinario.

Que los sonetos de Brooke son personales, por los sentimientos que traducen y por la forma de que los viste, no puede negarse, y basta leerlos para encontrarse poseído el lector por la emoción que despierta siempre lo hondamente sincero, cuando se expresa de modo que hable al corazón. Pero en la hora de espanto universal en que fueron producidos, lo que demuestra desde luego su excelencia es que fueron escuchados y repetidos por un pueblo entero, que sintió reve-

lada su alma en ese instante supremo por la voz del poeta. El vate sintió por todos, como todos, y habló para todos. Vaticinó.

Now, God be thanked Who has matched us with His hour.

Así prorrumpió el poeta, y con él toda su nación se encontró dispuesta y aparejada para esa hora suprema. El poeta miraba tranquila, serenamente la muerte, y consagraba para siempre a la patria distante la pequeña porción de tierra extraña, donde habían de blanquear sus huesos, la fosa en que serían arrojados; y cada soldado inglés en Bélgica, en Turquía, en Egipto, en la frontera de la India distante, en las remotas regiones alemanas de Africa, confirmaba el voto.

Mucho más personales aparecen las poesías anteriores del joven escritor; porque, en esa tierra consagrada irónicamente a la originalidad, sus versos se distinguen por un sabor peculiar, que los hace inconfundibles con ningunos otros.

El exotismo, que tanto se ha celebrado en su gran contemporáneo Rudyard Kipling y que ha atraído tantos lectores al francés Pierre Loti, constituye la atmósfera natural que respira Brooke, y que lo hace contemplar, entre regocijado y zumbón, el desfile mental de las más pintorescas imaginaciones. Nada hay semejante, en lo que yo conozco, al cielo que promete a la tahitiana Manua, donde la infinita variedad de las cosas que

asedian nuestros sentidos terrenales se reducen a la perfecta unidad....

*there, on the Ideal Reef,
Thunders the Everlasting Sea.*

Naturalmente, esta doctrina nada tiene de original, y no es en ella donde veo la singularidad del poeta; sino en la serie de ilustraciones de la doctrina, propias todas y cada una para herir la mente, diversamente conformada y poblada, de la joven isleña del Gran Océano. Y no es menos sutilmente irónica, aunque no tiene nada de original sino por la forma, la conclusión en que invita a Manua a vagar en torno de la perezosa y cálida laguna, enlazada la mano con otra mano humana, o a confiarse a las blandas caricias del agua en la ribera. *Carpe diem*....

Y sin embargo, en este espíritu, que parece tan dispuesto a revolar ligeramente sobre los afectos y hasta sobre los grandes problemas que se han llamado trascendentales, se descubre de súbito una profunda vena de melancolía, con la cual toca las fibras más sensibles de nuestra lira interna. El joven marino inglés, que data sencillamente tantos de sus versos *En el Pacífico*, se revela hermano menor, el Benjamín como si dijéramos, de aquel Jaques que puebla con sus *saudades* la semi encantada y encantadora floresta de Arden. Nada es más capaz de descubrirnos

la fragilidad etérea de nuestras más arraigadas pasiones, que el cambio incesante de panoramas y el anudar y romper reiterados de nuestras relaciones, que nos condenan al papel de huéspedes perennes. El mundo ha vuelto a ser para nosotros posada de trajinantes, pero sin mansión definitiva a donde arribar mañana. Desde que el hombre midió la tierra y, con el auxilio de su invención y su industria, la ha encontrado tan pequeña que en pocos días la circunvala, con el cambio de lugar todo va cambiando en sus sentimientos. Las instituciones que sirvieron de descanso y abrigo al hombre sedentario no están ya aparejadas al judío errante moderno. Y sentimos como pensamos, y pensamos como sentimos.

El poeta, que ha sabido encontrar bella expresión y transparentes símbolos para éstos nuevos estados del alma moderna, ha sido un gran poeta. Su muerte extemporánea denuncia, con clamor más penetrante, el horrible crimen de lesa humanidad que se perpetra en Europa.

OTRA, OTRA INFORTUNADA.

"I see, a man's life is a tedious one."

LA sensación más horrible de aislamiento, la angustia más asfixiante de soledad, no son las que se experimentan en lo intrincado de una selva o en las entrañas de un túnel, sino las que caen con peso enorme sobre nuestro espíritu en medio de la multitud afanosa de una de las Babilonias modernas. El rumor sordo de tantas voces extrañas, la interminable sucesión de tantos rostros desconocidos e indiferentes, el andar rápido de tantas figuras que van a perderse, a diluirse en la masa informe que avanza, se codea, se estruja y pasa como río de muchas aguas, que se desliza o se precipita hacia el mar inmenso, nos dejan la impresión de algo impersonal formado por millares de personas, del anonadamiento de la voluntad individual, de la pasión personal, en ese torbellino, cuyas moléculas son seres sensibles y apasionados. ¡Qué pequeño se ve uno a sí

mismo, simple unidad entre centenas de millares! ¡qué pobre e insignificante la emoción que nos sacude, el anhelo que nos impulsa, ante esa indiferencia suprema que nos envuelve en su atmósfera glacial! La indiferencia de los que nos conocen, ni nos han de conocer jamás. La de tantos corazones que jamás vibrarán con el nuestro. La de tantas almas que jamás inquirirán por qué se dibuja una sonrisa en nuestros labios o empañá una lágrima nuestros ojos. El hombre que pasa. Es algo infinitamente más triste que la ola, que la nube, que el pájaro, que todo lo que se va sin dejar huella, en el perenne fluir de la naturaleza.

Cuántos dramas punzantes, cuántos lúgubres desgarramientos de alma, de esos que refieren sin emoción las *noticias generales* de los periódicos, se explican por ese vertiginoso sentimiento de abandono de que puede sentirse poseído un ser aislado, entre el tumulto de tantos millones de vidas extrañas, sin ningún suave contacto con la suya. Así discurría yo, leyendo algunas líneas de un papel americano, al mismo tiempo que llegaban a mi oído los últimos rumores de la gran metrópoli neoyorkina, cuya respiración se iba apagando, al entregarse al breve reposo de las altas horas de la noche.

Esas líneas referían con laconismo frío la patética historia de una joven extranjera, que había sido conducida aquel día al hospital de Bellevue, envenenada por su propia mano. Era muy

joven, era muy bella, artista y enamorada, no de un hombre, sino del ideal. Había nacido muy lejos, en la pequeña ciudad rusa de Voone, de raza hebrea; pero su educación había sido completamente occidental, como que la había recibido en Dusseldorf, en Alemania. Vaivenes de fortuna la arrojaron con su madre, viuda, a las playas americanas. Allí había paladeado todas las amarguras de la pobreza en tierra extraña y del aislamiento entre el hormigueo ansioso de la multitud innumerable. Su espíritu, que no encontraba otros afines donde espaciarse, se replegaba en sí mismo; y sólo se comunicaba con el mundo, que se le representaba duro y hostil, por la lectura asídúa de los grandes poetas. Los amigos de la niña extranjera, que recorría indiferente las magníficas avenidas de la ciudad imperial, eran Shakespeare, Shelley, Byron, Goethe, Schiller, Heine.

De su poco roce con la realidad y de su perfecta compenetración con la más elevada poesía resultó el refinarse su sensibilidad hasta adquirir caracteres morbosos. Por largo tiempo rehusó prestar oído a los muchos galanes, que atraía su extraordinaria belleza. En todos descubría presto la parte sórdida del natural humano. Y esquivaba su contacto como una profanación. Al cabo, un joven, Carlos Markhoff, se le hizo más acepto, y en el pasado mes de mayo le entregó su mano,

Sobre este nueva y decisiva experiencia de la vida, la joven ha sido muy reservada. Pero muy pronto se la vió desviarse de su esposo, entregarse a su ocupación favorita, leer y componer versos, y manifestar agravada su anterior melancolía. Estaba condenada a la soledad. Quería un compañero para su alma, peregrina entre tantos cuerpos como suben y bajan por las calles interminables de la ciudad inmensa. No lo había encontrado. Entonces resolvió morir.

Su despedida fueron unos versos escritos en hebreo, que se encontraron entre las hojas de uno de sus libros, una versión alemana de Homero. Son un rayo de luz blanca que baja hasta el fondo más sombrío de un alma.

"Está helando. ¡Qué deliciosa es la sensación del aire frío! Quisiera poder envolverme y perderme en el torbellino de esta blanca tempestad.

"Cuando llegue el momento supremo, entonces despertaré, pero ¿a qué? Este pensamiento me espanta. ¿Cuál es el fin?

"¡Oh! ¿por qué habré nacido para sufrir esta mofa de la vida? Sólo cuando duermo, vivo realmente. ¡Qué no pudiera sostenerme con una fuerte cadena! ¡quisiera rodearme de los bienes más selectos de la tierra! ¡quisiera poder escalar las más altas cimas de la virtud, lejos, muy lejos de toda tentación."

La pobre Ida Markhoff fué a ponerse al abrigo de toda tentación en el seno frío de la muerte.

Su frialdad no la espantaba; porque más fríos habían sido para ella tantos corazones helados, tantos rostros glaciales. No tenía aún veinte años, y ya había visto, como la Imógenes del poeta, que no hay peso más abrumador que el de la tediosa vida humana. "I see, a man's life is a tedious one."

SPLENDIDE MENDAX.

Los periódicos españoles de esta ciudad han levantado en estos días gran clamor, porque el diario cubano *Patria* ha aludido a las leyendas que empiedran o esmaltan, según el gusto de cada cual, la historia de España. Con alguna rara excepción, han soplado en la trompa épica, para repetir las mismas falsas notas, con que acostumbra los escritores españoles al uso ofuscar la imaginación y tal vez sacudir los nervios de su pueblo.

Confiezo que me causa desazón esta incurable manía de fantasear grandezas, en gente que nos toca tan cerca. Esa forma enfermiza, a veces totalmente patológica, del patriotismo, que consiste en negarse a las rudas manifestaciones de la realidad circunstante, para ver sólo, y verlo agigantado, lo que se tiene en la fantasía, es la que lleva a los pueblos derechamente al abismo. La

falsificación sistemática de su historia ha deformado de tal suerte el cerebro de la generalidad de los españoles, que ha arraigado en ellos el defecto cardinal de la raza: el no saber proporcionar los medios a los fines. En virtud de esa lógica especial de la alucinación en que viven, han acometido los españoles las empresas más descabelladas, y cuando se han encontrado deshechos y molidos en el duro suelo de la derrota, se han contentado con repetir arrogantemente con el personaje de una de sus comedias famosas:

«La dicha podrá ser,
mas no el merecerla yo».

Cómo si el salir al encuentro de la desdicha con una bacía de barbero por yelmo, no fuera el modo más cierto de hacerse merecedor de la descalabradura! Por haber creído de buena fe los más de los españoles que sus barcos no necesitaban otra coraza que el pecho de sus tripulantes, están hoy sus buques de guerra en el fondo del mar.

Pero como los españoles no se han de curar, y mucho me temo que sus descendientes tampoco, porque se les repitan estas amargas verdades; quizás sería mejor tratar de ver qué ha fomentado en ellos esa credulidad nacional, tan fecunda en desastres.

El español no carece sólo de sentido jurídico,

como ha dicho su compatriota don Francisco Silvela, sino de sentido crítico, y quizás carece del primero, porque le falta el segundo. Pero cuando una actividad del espíritu se atrofia de modo tan general, la causa debe serlo también. Este vicio, ya en cierta manera constitutivo, debe nacer de la conformación misma del pueblo; y así me lo parece en efecto. El sentido crítico supone un sentimiento vigoroso de la personalidad, que se distingue perfectamente de cuanto la rodea, y que se reconoce capaz de escrutarlo, de medirlo y compararlo. La organización social de España ha conspirado precisamente para ahogar la personalidad. El Estado monárquico y la religión católico-romana han gravitado con todo su peso sobre el individuo hasta confundirlo en la masa. Todo en el orden exterior provenía del Rey, única fuente de las leyes; todo en el orden interno provenía del Papa, único definidor del dogma. Ni el honor escapaba a la jurisdicción del monarca, que estaba por encima de todos los vínculos civiles; el menor escrúpulo de conciencia sometía a la jurisdicción espiritual. ¿Qué retoño de independencia podía germinar en el pecho de hombres que temblaban ante el poder omnipresente del Estado, y que si iban a buscar un refugio en sus conciencias, se encantraban allí con el terror de la Iglesia? La crítica tenía que ser planta mal-dita en el país de la Inquisición.

El molde en que creció el español no podía pro-

ducir sino fanáticos. Fanáticos quiere decir ciegos; ciegos para creer, ciegos para dejarse arrastrar. Y ¿qué otra cosa han sido y qué otra cosa han hecho los españoles? Han creído en sus dogmas con tal ahinco y pasión, que han sacrificado por ello hasta los instintos y movimientos afectivos más naturales; y han creído en las fábulas de su historia con tal sinceridad, que jamás han podido comprender cómo ha venido a resultar tanta flaqueza y decaimiento de tan soñada grandeza.

La inteligencia española fué amamantada a los pechos del catolicismo. No ha habido en el mundo adulteradores de la verdad histórica comparables a los polemistas ortodoxos. Para ellos el fin ha justificado siempre los medios. Los fraudes piadosos han corrompido y enturbiado toda la literatura de la Edad Media y aun de buena parte de la moderna. A tal extremo llegó la falsificación, que el honrado Herder ha podido decir que la veracidad cristiana merecía correr parejas con la fe púnica.

En España, dado los cauces por donde corría la vida nacional, el espíritu de mentira tomó proporciones colosales. La credulidad pública lo aceptaba todo, como halagase de algún modo las pasiones populares. Hubo hasta epidemias de profetas. Cierta arcediano de Segovia del siglo XVI creyó en la necesidad de escribir un tratado para distinguir la falsa y la verdadera profe-